

—Estais sufriendo mucho, princesa, estais nerviosa. . . . calmaos.

Pero ella, sin fijarse, prosiguió:

—Jamás un Maximiliano aceptará semejante consejo. . . . él no saldrá fugitivo de México. . . . nunca volverá la espalda á los rebeldes que quieren arrebatarle la corona. Si es necesario, morirá antes, moriremos juntos defendiendo nuestra causa, defendiendo nuestros derechos, defendiendo nuestra dignidad.

Napoleón hizo ademán con la mano á la princesa de que se detuviera en sus apasionadas demostraciones, y la dijo con voz reposada:

—Os suplico, señora, que examineis friamente las consideraciones que os someto, los buenos consejos que os doy. El porvenir de Maximiliano y el vuestro dependen de un hilo. . . .

Pero ella estaba ya muy trastornada y siguió diciendo:

—El morirá y yo moriré á su lado: ambos ocuparemos una misma tumba y en ella seguiremos amándonos á pesar de la maldad de los hombres. Seremos ensalzados y se cantará nuestra gloria!

El hizo todo lo posible para tranquilizarla. Entonces ella, como volviendo de un sueño:

—¡Ah! sí, sois el Emperador Napoleón III, el poderoso Emperador que ha hecho un igual suyo á mi marido, y yo soy la pobre mujer que os implora gracia para que no condeneis á aquel desgraciado.

Después de un momento, con los ojos muy secos y dilatados:

—Así, Sire, ¿es cosa resuelta? ¿Nos abandonais de tal modo que nada ya nos queda que esperar de vos?

—En efecto, contestó secamente, no está en mi poder ser ya útil al Emperador Maximiliano.

Ella se levantó furiosa, pero todavía tuvo fuerzas para dominarse, y volviendo á ocupar su sillón dijo con voz dulce como una caricia:

—Señor, el Emperador Maximiliano tiene enemigos que no le perdonarán: él solo contra ellos será débil y tendrá que sucumbir. Yo he venido aquí para salvarlo y él espera mi regreso con impaciencia, con la ansiedad de un condenado á muerte que cuenta las horas que le quedan de vida. Sire, vos habeis amado y es imposible que el recuerdo de vuestra felicidad os deje indiferente ante las afecciones de otros. Yo amo á mi marido y él me ama á mí: pido gracia para él y para mí. . . . Impedid, Sire, que lo sacrifique el orgullo de un pueblo rebelde, y con esa mano que ya ha devuelto la vida á los criminales, firmad la salvación de un hombre honrado. . . .

Ya no le fué posible contenerse por más tiempo á la desgraciada y estalló en sollozós.

Entonces el Emperador, queriendo poner fin á una escena que le fatigaba y de cuya inutilidad estaba persuadido, la dijo tomando una de sus manos entre las suyas:

—Yo haré todo lo que de mí dependa en favor del honor y la vida del Emperador Maximiliano y de su digna esposa, hasta llegar á las últimas exigencias de la razon de Estado. . . .

—Es decir que las tropas francesas no se retirarán, interrumpió la princesa.

—Sí se retirarán y pronto. Es la resolución irrevocable de mi gobierno. La Francia no combatirá más por el sostenimiento de un trono en México; pero. . . .

Carlota no dejó terminar al Emperador: se echó ha-

cia atrás como leona herida, se levantó erguida y fulgurante, y con la boca contraída, con los ojos chispeando, con la voz vibrante, exclamó:

—Señor: se ha dicho que sois bueno, ¡mentira! Sire: se ha dicho que sois un soberano magnánimo, ¡mentira! No sois mas que un malvado, mas que un rey de burlas, mas que un jefe de Estado sin autoridad. Vos sois la fatalidad y nosotros somos vuestras víctimas. Vos sois el mal y lo haceis; pero ya se volverá contra vos y también hará pedazos ese cetro que habeis usurpado por medio del perjurio y la infamia. Lo que ahora lamento es que una nieta de Carlos V haya venido á humillarse ante un cualquiera. ¡Fuera de aquí, canalla!

Y la princesa, siempre erguida y siempre fulgurante, le señaló la puerta con el dedo.

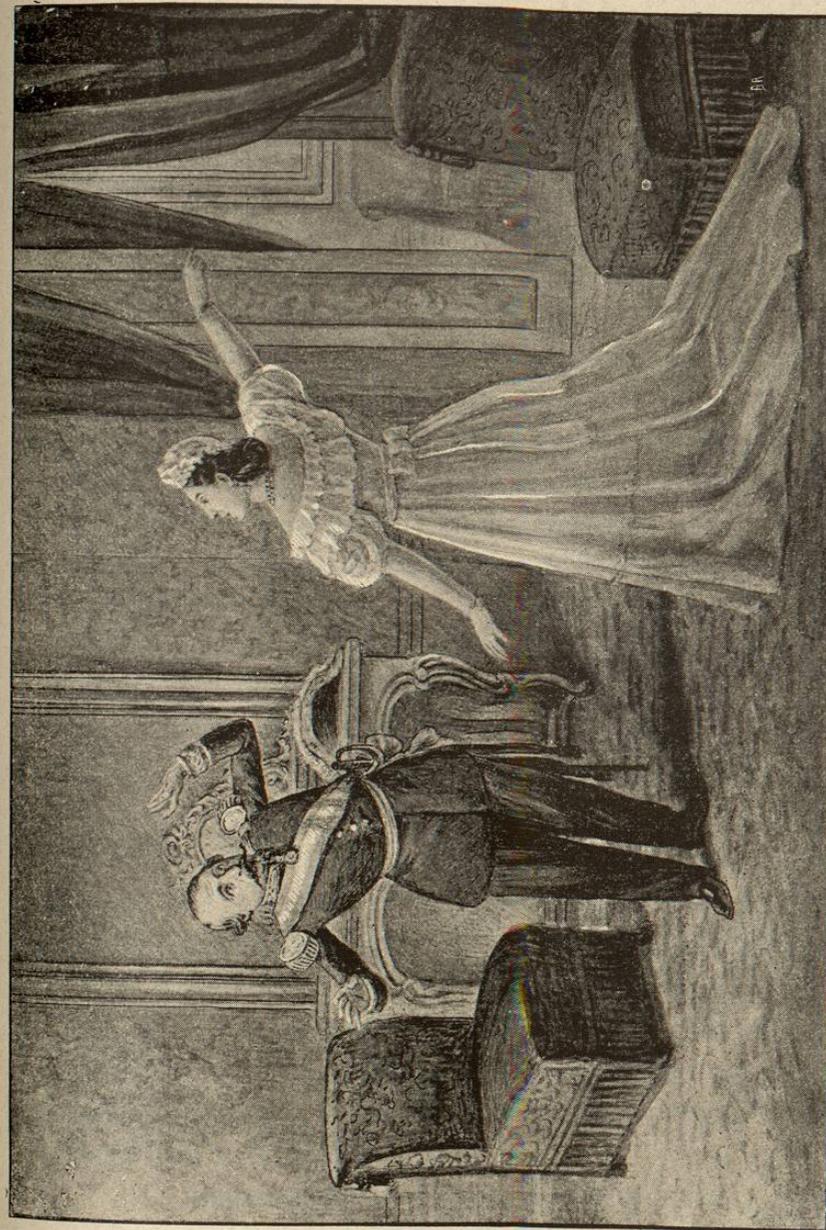
Napoleón III, muy hecho ya á las escenas dramáticas, se levantó sin parecer conmoverse, aunque bastante pálido, tomó su sombrero, saludó y se fué precipitadamente.

Carlota cayó desplomada.

Mientras se desarrollaba esta escena, á la vez candente y dolorosa en el Gran Hotel, el ala del palacio de Saint-Cloud, en donde tenía sus habitaciones la Emperatriz Eugenia, se veía brillantemente iluminada como para una fiesta.

En efecto, se verificaba allí una fiesta, pero de un caracter particular, con que se daba un golpe de ridículo al imperio de Maximiliano, el golpe de gracia ante la corte napoleónica.

La pobre Pepa, que seguía de doncella de la Emperatriz Eugenia, aunque ya se había casado con un cadete que con sus influencias había hecho ascender rápidamente á Coronel, la pobre Pepa, decimos, que había inclinado el pla-



—¡Fuera de aquí, canalla!

tillo de la balanza en favor de la intervención y el imperio, considerándolos como obra suya, había dicho á su ama:

—No debe V. M. permitir que se haga esa burla en la corte; puede llegar á saberse y. . . .

—Quita de allí, Pepa, en algo hemos de divertirnos. en algo hemos de pasar el tiempo. Lo único que hacemos es variar los juegos, le contestó la Emperatriz, es una diversión como cualquiera otra. ¡Ya verás!

Y partió á ponerse el vestido que le correspondía.

Se estaba entonces ocupando en la representación de cuadros históricos la corte de la Emperatriz Eugenia. Se había puesto en una de las noches anteriores el rapto de las Sabinas, que había resultado brillante porque todas las damas habían tenido oportunidad de lucir sus desnudeces, y en esta vez iba á ponerse en escena el imperio de Maximiliano, idea que nació con motivo de la presencia en París de la princesa Carlota.

El director era Teodoro Bouville, autor del libreto en que desempeñaban papel más de cuarenta personajes.

Sonó un campanillazo, se abrió una puerta y aparecieron Maximiliano y Carlota con mantos reales y coronas de cartón. El duque de Morny con patillas postizas y Ana de Murat representaban á estos soberanos que iban seguidos de sus ministros, vestidos con plumas como en tiempo de Moctezuma; seguían las damas y chambelanes con trajes pintorescos y después una escolta de belgas.

Se suponía la celebración de una de tantas victorias obtenida contra los rebeldes mexicanos, y con ese motivo había procesión, música, Te Deum, recepción en Palacio, baile y otros festejos.

La última parte, que era el *clou d'or*, estaba reservada para cuando llegara Napoleón.

Como se usaba gran desenvoltura en la corte de Eugenia, la oportunidad que se presentó á sus damas para lucir las formas se aprovechó largamente, y así la princesa Clotilde, la condesa Poniatowska, la Trobelzkoi, la Metternich, la Castiglione y la Pourtales no estaban cubiertas más que con mallas, con algunas plumas y con gran recargo de joyas en los brazos, en la cabeza y en el pecho.

Los ministros de Maximiliano vestían también con ligeras túnicas de plumas, según hemos dicho, y llevando gigantescas carteras debajo del brazo: estos eran representados por Fleury, Persigny, Gricout, Bourgoín, Galifat, Pierres y el marqués de las Marismas.

En medio de grandes risas, provocadas por la diversidad de trajes que cada cual había elegido á su fantasía bajo bases generales de uniformidad, estuvieron desfilando no solamente los cortesanos, sino los generales, los miembros del clero, etc., etc. Y así las ceremonias iban sucediéndose en medio de un estruendo infernal.

Cuando entró á los salones el Emperador Napoleón fué cuando comenzó el baile: entraron entonces las parejas de indios con indias, casi desnudas, y bailaron una danza macabra. El Emperador, que no había comprendido lo que había, se soltó riendo; pero luego que le explicaron que era una pantomima, una parodia del imperio mexicano, quedó sumergido en una gran melancolía.

La pantomima terminaba con una invasión de guerrilleros mexicanos que, vestidos con calzoneras, con sombreros galoneados y disparando revolvers, hacían huir á los bailarines, y á Maximiliano y á su corte los hicieron esconderse debajo de los muebles y detrás de las cortinas.

—¡Qué burla tan sangrienta! dijo Napoleón retirándose disgustado.

—Es una diversión inocente, Sire, le dijo Persigny. Carlota supo aquello y salió también huyendo de París.

Veinte días después se abrazaba á Pío IX, sin querer salir del Vaticano ni para dormir en su cama, porque gritaba que la habían envenenado en Saint-Cloud. Los locos y los muchados dicen las verdades algunas veces.

¡Había perdido el juicio la infeliz Carlota!

